

pocas palabras, porque recordarás aquella señora habanera que tratamos el verano pasado, que fumaba como un carrero, y que tenía los dientes tan negros y grandes como una pizarra y era tan horrorosa que los niños se asustaban cuando pretendía acariciarlos.

—Si, tienen un aspecto repulsivo, y cuando en la pasada insurrección cogian un prisionero su mayor satisfacción y placer era colgarle de los pies, con la cabeza hacia el suelo, y apalearlo como una zalea hasta darle muerte, contentándose luego con hacerle cosquillas y pellizcarle las narices para convencerse que habían realizado sus propósitos.

—Se me crispaban los nervios solo de oírlo y si cayen por mis manos... ¡se aviaban! Ya sabes como uraña cuando estoy furioso.

—¡Por desgracia lo tengo experimentado y aun recuerdo el día que dejamos sin comer la cotorra por comprar amica para curarme de tus cartacas! pero descuida, hermosa, que estoy decidido á apoyar en el continente americano nuestros derechos, á ver si no se burlan de nosotros, y ya el boticario de la esquina, un sacerdote que ahorcó los hábitos y yo estamos decididos á hacer valer en Cuba el arroyo y la valentía de la nación española.

Y así por este estilo son los debates suscitados y muchos que en sus cosas apalean á sus hijos, se complacen en desollar al prójimo y no pagan al sastre, con esta cuestión se han puesto melancólicos y han perdido el apetito y quien les fie.

Bien mirado los cubanos nos van á dar muchos disgustos y merecen una represión enérgica sus desmanos, pero la explotación odiosa y repugnante de que aquel país viene siendo objeto por diversos politiquillos, ha sido causa de esta aphonía y de las que en lo sucesivo sobrevengan, pues por desgracia no será la última.

Hasta hay quien se frota las manos de gusto, porque es lo que ya piensan varios:

—¡Ya que allí no queda otra cosa, nos beberemos la caña!

José G. de Tovar.

DOS POETAS

(De nuestra colaboración particular)

I

Yo soy el poeta de aliento gigante
que imprime á sus obras artístico sello;
yo sigo la senda de Homero y del Dante,
yo aspiro á la gloria, ¡dejadme que cante!
¡yo canto lo bello!

Yo tiemblo de gozo si el aura suspira;
me embriaga el silencio que duerme en las frondas;
la gloria me alienta, lo grande me inspira;
mis ansias endulzo pulsando mi lira,
¡mis penas son hondas!

Yo sigo un sendero de acerbos dolores
de espigas sembrado; tras él imagino
que existe un palacio pintado de flores
donde hayan su trono los grandes cantores...
¡allá me encamino!

Yo soy el poeta que, henchido de penas,
errante del mundo los páramos cruza;
yo tengo...

—No sigas: tu tienes melenas;
tu sientes nostalgias de almuerzos y cenas,
¡tu tienes... garza!

II

Yo soy un poeta de hinchados moñetes
por cuatro envidiosos con saña zaherido;
yo hilvano zarzuelas en tres periquetes;
yo escribo revistas, yo arreglo juguetes;
¡yo soy aplaudido!

Por mí en los teatros se riñen batallas;
por mí se amotina la gente morena;
del éxito justo se rompen las vallas;
las típles por horas, cubiertas de mallas,
me sacan á escena.

En largas estrofas con ripios sugetas,
los chistes ajenos copiar es mi sino.
En ciertas mansiones de plata repletas
se cobran trimestres de muchas pesetas...
¡allá me encamino!

A mí me sonrien las niñas del coro;

la prensa me adula, me mimaba el casero.
Yo tengo...

—Tu tienes un río de oro;
tu cobras derechos que son un tesoro;
¡tu tienes dinero!

A. PRIETO.

Críticos de Levante

Es objeto de entusiastas elogios el crítico Cartagenero que bajo el pseudónimo de *Ri-ki-ki* se dá á luz en uno de los periódicos de aquella plaza fuerte.

Su primer ataque lo dirige (según se cuenta) contra un revistero del periódico *El Sur de España* de esta localidad, que ha llevado su osadía hasta el extremo de encomiar con verdadero amor á los artistas de la compañía de opereta Franceschini.

—¡Pero en que forma lo ha hecho! ¡María Santísima!... tan rematadamente mal que el *sinorí Ri-ki-ki* háse visto obligado á empuñar la péñola y demostrar como tres y dos son cinco, que la revista en cuestión es un lapso del arte indigna de figurar en letras de molde.

Muy bien, *Ri-ki-ki*, las cositas claras y el que no las quiera así que no escriba, que en este mundo lo que sobran son periodistas.

Y es lo que me decía noches pasadas un señor de Arcorcón que ha venido á esta con motivo de una exposición de labores femeninas que dicen ha de efectuarse en breve en esta capital.

—¿Ha visto V.?

—El qué,

—La plaga de escribidores que nos ha caído encima.

—¿Encima de donde?

—Que guasón es V.—replicó el de Arcorcón con una sonrisa inefable—quiero decir que antes me refiero á mis mocedades, no abundaban tanto los escritores públicos como ahora en la época actual.

—¡Ah!... ¡ya!... tiene V. razón.

—Baste decirle á V.—continuó el forastero—que allá por los años 1854 al 56 apareció en mi tierra un periódico semanal que se titulaba «Donde las dan las toman y callar es bueno». Tuvo una gran acogida, eso sí, reuniendo en menos de cinco meses, mas de treinta y seis suscriptores, todos mayores de edad.

Pues bien; querá V. creer que en algunos números salían cuando menos dos ó tres columnas en blanco por falta de originales. Se escribía poco, ¿sabe V.?... pero á conciencia.

—Tiene V. razón—le dije—hoy se escribe mucho, muchísimo...

—Todo muy malo—me replicó.

—No, no; tanto como eso no diga V.

—No amigo mío, Dios me libre; pero es el caso que mi señora, que en su vida ha cojido la pluma mas que para escribir á una amiga suya que está separada del marido, la tiene V. hoy colaborando en algunos periódicos del reino.

—Eso me prueba—le dije—que su mujer, tiene condiciones excepcionales...

—¡Cá, no señor!—me contestó—mi mujer para lo único que posee condiciones especiales es para llevarme la contraria en todo. Por eso le digo, y V. vendrá conmigo en que hoy es publicista todo aquel ó aquella que se propone. Y crea V. que me maravilla apesar de todo tengan aceptación las chabacanas producciones de mi Anacleta, basadas casi todas en la conveniencia de los molinos de viento y en los términos y jurisdicciones de cada pueblo. ¡Ya ve V.!... Ahora hace tres ó cuatro días que no escribe, pero en cambio se pasa las noches suspirando y dando vuelcos en la cama.

—¿Está enferma?

—No, no es eso, es que teme á las censuras del cartagenero.

—¿Qué cartagenero?

—¿Como!... ¿no está V. enterado?

—No señor.

—Pues hombre ese cartagenero es un individuo... que de una manera inconsciente ha introducido la discordia en mi hogar. Verá V.

La otra tarde despues de arreglar ciertos asuntos, me encaminé á mi casa con objeto de afeitarme puesto que poseo navaja y aptitudes para ello. Apenas me vió entrar mi señora, me cojió dulcemente de un brazo y me dijo estas palabras.

—«Sígueme, tenemos que hablar.»

—Entramos en el dormitorio y cerró la puerta con llave.

—Soy muy desgraciada Frasquito—me dijo de buenas á primeras—compadéceme en vez de recriminarme... ¡Ay de mí!... ¡Sufro tanto!...

Una sorpresa cruzó por mi mente.

—¿Adúltera!... Grité fuera de sí. ¿Que has hecho de mi honor? ¡Responde desventurada!

Y me apresté á la lucha.

—No Francisco, no es eso; me contestó con voz plañidera.

—¡Acabarás de explicarte!

—Has de saber—me dijo—que ya se acabaron para mí aquellos ratos de solaz en que, con la pluma en la diestra comunicaba á la humanidad mis mas caras impresiones.

—¿Y porqué? ¿Quién te lo prohíbe? prorrumpí indignado.

—Las acres censuras de un crítico audáz—me contestó.

—¿Quién es y donde está?

—Está en Cartagena, y es conocido con el mote de *Ri-ki-ki*.

—Y bien; ¿Te ha criticado algo?

—Aun nó, pero lo hará; pues según me dijo anoche mi amiga Simeona se propone censurar todo cuanto se escriba por esta parte de Poniente.

—¡Demónio! ¡Demónio! Pero tu amiga conoce á ese *Ri-ki-ki*.

—Dice, que por el estilo con que emite sus dictámenes debe ser un muchacho muy discreto que ella conoció en los baños de Archena.

—¿Y que puesto ocupa en la sociedad ese joven?

—Si es el que se figura Simeona, es el de perito mercantil descontento.

—¡Descontento, hé! Está bien. Mas continua escribiendo como hasta aquí, y el día que se propase contigo yo le escribiré una cartita y le diré cuantas son cinco. Hemos terminado la conversación.

Y mi esposa, algo mas tranquila se puso á mudar el agua á unas aceitunas oriundas de Alcolea.

Y crea V. que le escribo Sr. Bayarque—me decía el de Arcorcón—por que una cosa es que yo critique privadamente los trabajos... literarios de mi mujer, y otra, el que venga un desconocido á hacerlo públicamente.

Vea V. lo que son las cosas; no puedo tolerar que nadie hiera el amor propio de la familia. ¡No faltaba mas, hombre!... Y sépalo de una vez; si yo digo de mi esposa mas de cuatro tonterías respecto á sus aficiones, no es por que así sea, no señor, que mi mujer gracias á Dios no es ningun adoquin, y además, fuera modestia, cuando los articulitos salen de mi casa para la prensa ya van corregidos por este fraile que sabe lo que se trae entre manos. Y consentir que... vamos, vamos, ¡no fuera bueno!

Y se lanzó calle arriba como un condenado.

Vea pues querido *Ri-ki-ki* los desastrosos efectos que empiezan á causar en el seno de las familias honradas sus análisis literarios. Siga, pu enarbolando el látigo, y dentro de poco será error de esta comarca, elevándose al propio tiempo á la incommensurable altura del malogrado Jo. Mariano de Larra conocido vulgarmente bajo pseudónimo de *Figaro*.

¡Olé yá!

BAYARQUE.

¡Bombo y platillos!

Señor Alcalde primero: me ruegan que á S. V. le haga una súplica que al punto, por venir de unas muchachas mas hermosas que las flores que la atmósfera embalsaman, espero que D. Francisco prontamente satisfaga y obtendrá del bello sexo una ovación entusiasta y conseguirá que toque en su elogio LA CAMPANA.

Es el caso D. Francisco que ya el calor nos abrasa y que la camisa al cuerpo como un cangrejo se agarra y hacen falta diversiones que un momento nos distraigan de las pulgas y las chinches que con furia nos atacan y hacen darnos un cachete en el *cocote* de rabia.

¿Para que existe la música? ¿Porqué se tiene una banda que cobra la mar de misas siempre que toma una paga?

Yo creo es con el objeto de que despleguen sus alas los talentos musicales de esos muchachos ¡caramba! y vean que con sus trabajos esos dineros se ganan, pues á muchos les irrita, y con franqueza, les pasma, ver que aquí tene mos músicos y que no nos tocan nada.

Ahora que con el calor